

SONETO LIV.

A imitacion de aquel soneto, superbi colli.

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete escelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apenas de haber sido dais indicios:

Griegos liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Xenofontes,
Teatro que lidió rinocerontes,
Olimpiás, lustros, baños, sacrificios:

¿Qué fuerzas deshicieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves rüinas,
No es mucho que acabase mi sotana!

SONETO LV.

A Bartolomé Leonardo.

La nueva juventud gramaticanda
Llena de solecismos y quillotros,
Que del Parnaso mal impuestos potros,
Dice que Apolo en sus borrones anda:

Por escribir como la patria manda
(Elementos los unos de los otros)
De la suerte se burlan de nosotros,
Que suelen de un católico en Holanda.

Vos que los escribis limpios y tersos
En vuestra docta y cándida poesía,
De toda peregrina voz diversos,

Decid (si lo sabeis) ¿qué valentía
Puede tener leyendo agenos versos,
Copiar de noche y murmurar de día?

SONETO LVI.

Al saco de Mantua por el ejército del César, con el verso de la égloga nona de Virgilio: escribe en seso, porque habla con él.

Mantua va misera nimium vicina Cremona.

O gran Virgilio, si sangrientas vieras
De tu primera cuna las pizarras,
Y el águila imperial con pico y garras
Morder murallas y romper banderas;

Con trompa, y no con lira interrumpieras
El ocio á sombra de hayas y de parras,
Y la pluma de cisne en las bizarras
Del intrépido Marte convirtieras.

Mejor, viendo que el César los soldados
Germánicos de nuevo galardona,
Hicieras versos de dolor bañados.

¡Ay del verde laurel de tu corona
Entre vestigios de ceniza helados!
¡Ay Mantua la vecina de Cremona!

SONETO LVII.

A Don Gabriel del Corral, en la traducción de los versos latinos de nuestro santísimo padre Urbano VIII, escribe de veras.

Yace á la sombra que la gran montaña
Las dos Castillas, árbitro de hielo,
Divide altiva en el Hesperio suelo,
Florido un valle que Pisuerga baña:

Aquí á tu aurora espíritu acompaña,
Gabriel, tan vivo, que mudando cielo
Pudo tu pluma con inmenso vuelo
Del sol de Italia ser Faeton de España.

Si el carro de oro no conduces solo,
No te aguarde el Eridano Occidente,
Por su eclíptica vas de polo á polo:

Sigue sus paralelos felizmente,
Sol castellano del latino Apolo,
Que á su lado tendrás eterno Oriente.

SONETO LVIII.

A la braveza de un toro que rompió la guardia tudésca.

Sirvan de ramo á sufridora frente
Las aspás de la tuya, osquillo fiero,
No á sepan-cuantos de civil tintero,
Ni en pretina escolástica pendiente:

Jamas humano pie la planta asiente
Sobre la piel del arrugado cuero,
Antes al mayo que vendrá primero,
Corra dos toros el planeta ardiente.

Tú solo al vulgo mísero vengaste
De tanto palo, y con tu media esfera
La tudésca nacion atropellaste;

Pues desgarrando tanta calza y cuera,
Tantas con el temor calzas dejaste
Tan amarillas dentro como fuera.

SONETO LIX.

Al mismo suceso.

Trece son los Tudescos, que el osquillo
Hirió en la fiesta, aunque en conciencia jura,
Que no lo hizo á drede, y me asegura,
Que él iba á sus negocios al sotillo:

Mas descortes el socarron torillo:
Sin hacer al balcon de oro mesura,
Desbarató la firme arquitectura
Del muro colorado y amarillo.

Y como el polvo entre las nubes pardas
No le dejaba ejecutar sus tretas,
Por tantas partes se metió en las guardas,

Que muchos que mostraron las secretas,
En vez de las rompidas alabardas
Llevaban en las manos las braguetas.

SONETO LX.

A un secreto muy secreto.

¡O qué secreto, damas, ó galanes,
 Qué secreto de amor, ó qué secreto!
 ¡Qué ilustre idea, qué sutil conceto!
 Por Dios que es hoja de me *fecit* Joanes:

Hoy cesan los melindres y ademanes,
 Todo interes, todo zeloso efeto,
 De hoy mas amor será firme y perfeto,
 Sin ver jardines, ni escalar desvanes.

No es esto filosófica fatiga,
 Trasmutación sutil, ó alquimia vana,
 Sino esencia real, que al tacto obliga.

Va de secreto; pero cosa es llana,
 Que quiere el buen letor que se le diga,
 Pues váyase con Dios hasta mañana.

SONETO LXI.

A un licenciado que le dijo por favor que deseaba
 predicar á sus honras.

Peniso amigo, codiciar mi muerte,
 Y ofrecer que á mis honras funerales
 Harás una oracion como otras tales,
 De que tu ingenio, accion y voz me advierte:

Es amistad que yo quisiera hacerte,
 Todos para morir somos iguales,
 Que por la condicion de ser mortales,
 Tambien te puede á tí tocar la suerte.

No tomo la palabra, aunque me arguyas
 De ingrato á los favores que me hacias,
 Que cuando eternidades constituyas,

Mejor es que yo escriba en tales dias
 Sonetos tristes á las honras tuyas,
 Que no que tú prediques á las mias.

SONETO LXII.

Perdonaron á un regidor sentenciado á degollar, y la guardia por las albricias empeñaba la mula.

Era la mula de un doctor hallada
En un zaguan, y perdonando el credo
Su magestad al degollado, en miedo
Quedó por las albricias empeñada:

Corrió el doctor con alma degollada,
Y dijo al Tasticot: soldados quedo,
Que la crió un canónigo en Toledo
A paja en flor y almíbar de cebada.

Si mientras que yo curo se la llevan,
¿Qué delito á mi mula se acumula?
Pero pues todos la sentencia aprueban,

Sea tambien para la mula nula,
Porque como otros la cuartada prueban,
Probaré la mulada de mi mula.

SONETO LXIII.

A una dama cómica vencida de otra.

Reliquias ya de navegante flota,
Entre los pies de un empinado risco,
Burla del mar, colmena de marisco,
Dorada tablazon descansa rota:

Sin estayes, sin brújula y escota,
Picada de un pequeño basilisco,
La que fue de las nubes obelisco
Perdió del rumbo la feliz derrota.

En este pues desecho anfiteatro,
Que entre las siete maravillas nombro,
Triste voz repitió por partes cuatro:

Yo soy aquella cómica de asombro,
Reina de las acciones del teatro,
Que hoy beso el pie de quien pisaba el hombro.

SONETO LXIV.

A una dama que salió á un balcon cortándose las uñas.

Retira del balcon la gallardía,
Hermosa madre del rapaz Cupido,
Que parece portento haber salido
El sol con uñas, y tan claro el dia:

Lo superfluo del nácar que crecia
Sobre la nieve del marfil bruñido,
Daba temor al corazon que herido
A tan hermosas manos se rendia:

Venid amantes, pretended, que cuando
La espada está sin filos, asegura
Que el duro golpe no será cortando.

Mas qué importa, Leonor, si tu hermosura
Tiene en los ojos uñas, que mirando
Desuellan almas con mayor blandura.

SONETO LXV.

Díjole una dama que le enviase su retrato.

Si habeis visto al Sofi sin caperuza
En dorado cuartel de boticario,
O á Barbaroja el ínclito cosario,
Y en nariz de sayon tez de gamuza:

Si habeis visto á Merlín, si al moro Muza,
O á Juan Frances vendiendo letuario,
Si el rostro de un corito cuartanario
Que quiso ser lechon y fue lechuza:

Ese soy yo, que á la virtud atento
Solo concedo á su victoria palma,
Que todo lo demas remito al viento.

Pero supuesto que el argen me calma,
Tengo con ropa limpia el nacimiento,
La cara en griego, y en romance el alma.

SONETO LXVI.

Quejósele una dama de un bofeton que le habia dado
su galan.

Para que no compreis artificiales
Rosas, señora Filis, Fabio os puso
Las naturales, si el color infuso
Las puede conservar por naturales.

Ya que no os da regalos, da señales
De que os los ha de dar, galan al uso,
Puesto que en la venganza estoy confuso,
Viendo perlas en vos sobre corales.

Herir al sol en medio de su esfera,
¡Cruel temeridad! matad á Fabio:
¡Mas ay! que vuestros brazos Fabio espera.

Y si amistades son el desagravio,
Tantos zelos me dais, que mas quisiera
Vengar las amistades que el agravio.

SONETO LXVII.

Describe un lindo de este tiempo.

Galan Sanson tenéis, señora Arminda,
Toda la fuerza tiene en las guedejas,
Bravas salieron hoy las dos madejas,
Llore Anaxarte, Dafne se le rinda:

¿Qué manutisa, qué clavel, qué guinda
En púrpura con él corrió parejas?
Y mas con los bigotes á las cejas,
Que en buena fe, que no sois vos tan linda.

¿Qué bravo, qué galan, qué airoso viene?
Pero ya vuestro amor en los luceros
De la risa dormida se previene:

Mas es forzoso lástima teneros,
Porque sabed que tanto amor se tiene,
Que no le ha de sobrar para quereros.

SONETO LXVIII.

Desea el poeta que le piquen abispas.

Pensando que era flor una mañana
De abril, meliflua abeja argumentosa
Hizo mayor junto al jazmin la rosa
De la megilla de la hermosa Juana :

Bajó al dolor, para si sola humana,
Lágrima de sus ojos amorosa,
Bebió la herida aljófara, y zelosa
En punta de zafir trocó la grana.

Juana, el cruel rigor de tus hazañas
De tan pequeño mal tu pecho arguya,
Pues tus ojos por él en perlas bañas :

Y si ha de ser la medicina suya,
Píquenne abispas, áspides y arañas,
Por una de cristal lágrima tuya.

SONETO LXIX.

A la muerte de Soto el de las grandes fuerzas.

Aquel Hércules nuevo castellano,
Que atras dejaba el vuelo del ginete,
El que barajas quebrantaba siete,
Que no se cuenta del feroz Tebano :

El que delante del monarca hispano
Fuerza no halló que el brazo le sujete,
El que molia trigo en un bufete
Con la robusta palma de la mano :

Soto que á los Titanes aventaja,
Y que luchara con Milon membrudo,
El que los altos árboles desgaja,

Con la muerte corrió una vez desnudo,
Y dándole una echada de ventaja,
Cuando se quiso levantar, no pudo.

SONETO LXX.

Égloga sin imitacion de Teócrito, Pomponio, Nemesiano,
Bocacio, ni Calurnio.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco,
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:

Damon con su rabel, y al lado el frasco,
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi, claro honor de nuestro río
Con un violín de cedro de damasco.

Juez Eliso, que de un verde pobo
A falta de laurel premio tejía,
Céfiro hizo de los ecos robo;

Mas cuando Tirsi comenzar quería,
Ladró Melampo, y dijo Antandro, al lobo;
Y el canto se quedó para otro día.

SONETO LXXI.

Alaba el poeta lo mas esencial de la hermosura, sin ser
parte de la armonía de las facciones.

Aura suave y mansa, que respiras
En el clavel de Juana, y las lucientes
Hebras de sus megillas transparentes
Con blando soplo esparces y retiras:

¿Porqué á la rosa y al jazmín aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Cuando en su dulce anhélito suspiras?

El humor de sus labios purpurantes,
Para criar aromas bebe Apolo,
Del alba ministrado en los diamantes:

Porque respira tan fragante Eolo,
Que ganara un millon tratando en guantes,
Pues fueran de ámbar con el soplo solo.

SONETO LXXII.

Que en este tiempo muchos saben griego sin haberlo
estudiado.

A DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR.

Das en decir, Francisco, y yo lo niego,
Que nadie sabe griego en toda España,
Pues cuantos Helicon poetas baña
Todos escriben en España en griego:

Para entender al Venusino ciego,
Querrás decir, por imposible hazaña;
Si á las lenguas la ciencia no acompaña,
Lo mismo es saber griego que gallego.

Cierto poeta de mayor esfera,
Cuyo discipulado dificulto,
De los libros de Italia fama espera:

Mas porque no conozcan por insulto
Los hurtos de Estillani y del Chiabrera
Escribe en griego, disfrazado en culto.

SONETO LXXIII.

Enfádase con las Musas porque intentaban escribir
un poema.

Señoras Musas, pues que siempre mienten,
Aunque de Memnosina hermosas hijas;
Sepan que se han quebrado las clavijas,
Ya no hay que euterpizar, chanzas inventen.

De las horas perdidas se lamenten,
Que al sol de la opinion miraron fijas,
Desgreñen del cabello las sortijas,
Y de moños donados se contenten.

Miren que llevo errada la derrota,
Por ser á la grandeza lisonjeras,
Pues donde espero siete me dan sota.

Dejemos metafísicas quimeras,
Vuestas mercedes garlen en chacota,
Que no está el mundo para hablar de veras.

SONETO LXXIV.

Da la razon el poeta, de que la boca de Juana fuese rosa.

Tiraba rosas el Amor un'dia
Desde una peña á un líquido arroyuelo,
Que de un espino trasladó á su velo
En la sazón que abril las producía:

Las rosas mansamente conducía
De risco en risco el agua al verde suelo,
Cuando Juana llegó, y al puro hielo
Puso los labios de la fuente fría.

Las rosas entre perlas y cristales
Pegáronse á los labios tan hermosas,
Que afrentaban claveles y corales.

¡O pinturas del cielo milagrosas!
¿Quién vió jamas trasformaciones tales,
Beber cristales y volverse rosas?

SONETO LXXV.

Cánsase el poeta de la dilacion de su esperanza.

Tanto mañana, y nunca ser mañana,
Amor se ha vuelto cuervo, ó se me antoja:
¿En qué region el sol su carro aloja,
Desta imposible aurora tramontana?

Sígueme inútil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coja,
Porque no me tratara Barbaroja
De la manera que me tratas, Juana.

Juntos amor y yo buscando vamos
Esta mañana: ¡ó dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos:

Pues si vencer no puedo tus desvíos,
Sáquente cuervos destes verdes ramos
Los ojos; pero no, que son los míos.

SONETO LXXVI.

Lo que han de hacer los ingenios grandes cuando
los murmuran.

Un lebrel irlandes de hermoso talle,
Bayo entre negro de la frente al anca,
Labrada en bronce y ante la carlanca
Pasaba por la márgen de una calle:

Salió confuso ejército á ladralle,
Chusma de gozques, negra, roja y blanca,
Como de aldea furibunda arranca
Para seguir al lobo en monte ó valle.

Y como escriben que la diosa trina,
Globo de plata en el celeste raso,
Los perros de los montes desatina;

Este hidalgo lebrel sin hacer caso
Alzó la pierna, remojó la esquina,
Y por medio se fue su paso á paso.

SONETO LXXVII.

Que al amor verdadero no le olvidan el tiempo ni la
muerte: escribe en seso.

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
Sin dejarme vivir, vive serena
Aquella luz, que fue mi gloria y pena,
Y me hace guerra, cuando en paz reposa:

Tan vivo está el jazmin, la pura rosa,
Que blandamente ardiendo en azucena,
Me abrasa el alma de memorias llena,
Ceniza de su fenix amorosa.

¡O memoria cruel de mis enojos!
¿Qué honor te puede dar mi sentimiento,
En polvo convertidos sus despojos?

Permíteme callar solo un momento,
Que ya no tienen lágrimas mis ojos,
Ni concetos de amor mi pensamiento.

SONETO LXXVIII.

Al baño de dos Ninfas Aloques.

Una morena y otra blanca dama,
Siendo por sus riberas y malezas
Manzanares la tabla destas piezas,
De su breve cristal hicieron cama :

La escultura en las dos era de fama,
Compitiendo colores y bellezas,
Si bien de dos iguales gentilezas
Mas la blancura se apetece y ama.

En esta clara y fácil competencia,
Un galan que pasaba por la orilla,
Dijo por sosegar la diferencia :

Buenas entrambas son á maravilla,
La una de jazmines de Valencia,
La otra de polvillos de Sevilla.

SONETO LXXIX.

Encarece el poeta el amor conyugal de este tiempo.

Fugitiva Euridice entre la amena
Yerba de un valle por la nieve herida
Del blanco pie de un aspid escondida,
Pisándola clavel cayó azucena :

Lloróla Orfeo, y á la eterna pena
Bajó animoso, y con la voz teñida
En lágrimas, pidió su media vida,
Así la lira dulcemente suena.

La gracia entonces con tremendo labio
Pluton concede al conyugal deseo
Del marido mas músico que sabio :

En fin sacó su esposa del Leteo ;
Pero en aqueste tiempo, hermano Fabio,
¿Quién te parece á tí que fuera Orfeo?

SONETO LXXX.

De la buena cosecha de poetas, conforme al pronóstico
de los almanaques.

A BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA.

Si de poetas la abundancia apruebas,
Elisio, en nuestro hispánico distrito,
A los panes y peces te remito,
Si no sabes el número que llevas.

Año de brevas y de malas nuevas
Nunca le veas, tiene el vulgo escrito,
Mas cierto matritense manuscrito
Dice poetas, donde dijo brevas:

¿Piensas que alguno, en tantos, la campaña
Podrá cantar de Marte en las agenas,
Con las banderas de la invicta España,

Las naves contra Holanda de armas llenas?
Pero de tal accion te desengaña
Sobrar poetas, y faltar Mecenas.

SONETO LXXXI.

Quejase á Vénus el poeta con un poco de mas seso que
suele.

Luciente estrella, con quien nace el día,
Que el oscuro crepúsculo interpreta,
Alma Vénus gentil, luz que sujeta
Cuanto mortal naturaleza cria:

Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa,
Asi de trino estés con el planeta,
Que parece Español en la osadía.

Si sales á la tarde en el safiro,
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro:

¡O dulce hasta del cielo envidia humana!
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mí jamas al de mi hermosa Juana.

SONETO LXXXII.

Dándole á una dama un anillo que se le habia caido.

Este que en el jardin de vuestra cara,
Céfiro artificial templó la rosa,
Rosa donde yo fuera mariposa,
Si Vénus licenciados trasformara:

Este padre del aire, en cuya clara
Region, tanta cometa luminosa
Sale encendida de la luz hermosa,
Que de esos ojos el amor dispara;

Pongo en mi frente, y doy á vuestra pura
Nieve con el debido acatamiento,
Con que podeis, señora, estar segura,

Que no os podrá faltar este elemento,
Ni faltara jamas vuestra hermosura,
Si fuera el tiempo, como soy el viento.

SONETO LXXXIII.

Juntábanse en una casa á murmurar de los que sabian,
ciertos hombres que no sabian.

Cubre banda de pájaros difusa
Torre de iglesia, ó chapitel de quinta,
De negra baña las pizarras tinta
Máquina chilladora circunfusa;

Pero al primer rumor de voz intrusa,
Cuando mas el pirámide se pinta,
Partiendo el aire de volante cinta,
Con descompuesto error huye confusa.

Asi cubren, Leonel, los detractores
Tu casa en rudo son, y los espanta
La voz de los canoros ruiseñores:

Chillen en tanto, pues, que los levanta
El rumor de las aguas y las flores,
Para aplaudir que Filomena canta.

SONETO LXXXIV.

Que no hay remedio contra malos vecinos.

Trujo un galan de noche una ballesta
Al sitio en que á una dama requebraba,
Con que de su ventana retiraba
Una vecina, en escuchar molesta:

Entonces ella una caldera puesta
En la cabeza, volvió á ver si hablaba;
Tiraba el caballero, y resonaba
En el herido cobre la respuesta.

En carros, dijo el Momo peregrino,
Que las casas debieran fabricarse,
O como son portátiles al Chino:

Que á quien le conviniere recatarse
De lengua y ojos de un traidor vecino,
No tiene mas remedio que mudarse.

SONETO LXXXV.

Desdenes de Juana, y quejas del poeta.

Si digo á Juana, cuanto hermosa fiero,
Lo que la quiero, ingrata corresponde;
Si digo que es mi vida, me responde,
Que se muriera, porque no lo fuera:

Si la busco del soto en la ribera,
Entre los verdes álamos se esconde,
Si va á la plaza y la pregunto ¿á dónde?
Con la cesta me rompe la mollera.

Si digo que es la hermosa Policena,
Dice que miento, porque no es Troyana,
Ni Griega, si la igualo con Elena:

Eres Hircana tigre, hermosa Juana:
¡Mas ay! que aun para tigre no era buena,
Pues siendo de Madrid, no fuera Hircana.

SONETO LXXXVI.

Al nacimiento del príncipe nuestro señor.

Sin pagar nueve meses de posada
Salis á España, hermoso niño Austrida;
Y con tener la bolsa proveida,
Segun afirma una comadre honrada:

Mas no quieren que della gasteis nada,
Sino que la tengais tan recogida,
Que dándoos Dios dichosa y larga vida,
Casado la goceis bien empleada:

Indias y amores os ofrece España,
Y yo os ofrezco á falta de tesoros
Un caballito, regilero y caña,

Con que podais despues, no digo toros,
Que siendo Carlos, es su propia hazaña,
Correr los gallos, y matar los moros.

SONETO LXXXVII.

Al corto premio de un amigo suyo que le merecia.

Pobre y desnuda vas filosofía,
Dijo el Petrarca; luego siempre ha sido,
Fabio, la ciencia en miserable olvido
Desprecio de la humana monarquía:

Llorad la vuestra, que la inútil mia
Ni aun el nombre merece que ha tenido;
Olio, tiempo y estudio habeis perdido,
Tales efectos la esperanza cria.

Dicen, cuando en los males no hay mudanza,
Que la paciencia es premio de la ciencia:
¿Qué hará, quién por ser premio, no la alcanza?

¡Aforismo cruel! ¡cruel sentencia!
Recipe para estúpica esperanza
Ayudas de silencio y de paciencia.

SONETO LXXXVIII.

A una virtuosa, pobre y hermosa, que no quería
ser rica.

Sale á la aurora en verde error la rosa,
Y en espinoso manto aumenta el brio,
Bebe la flor de lis luz y rocío
En las hojas de espada mas hermosa:

No pierde en la confusa zarza hojosa
La cándida mosqueta el señorío,
Ni por el sol del abrasado estío
La dormidera está menos pomposa.

Tus rotas galas no te causen miedos,
Puesto que hermosa y pobre al mundo espantes,
Que tu virtud no ha menester enredos:

Porque eres, Flora, tú como los guantes,
Que cortados con arte por los dedos,
Por lo rompido muestran los diamantes.

SONETO LXXXIX.

A una señora manteniendo un torneo con otras damas.

La que venció desnuda, agora armada
Vénus gentil, bordado el tonelete
De corazones de oro, y el copete
Preso del pabellon de la celada;

Cupido por padrino de la entrada
A Juno y Palas mantener promete,
Que el premio de hermosura le compete
A tres del freno, y cinco de la espada.

Palas sin mas respuestas ni preguntas
Con paso airoso la palestra á dentro
Se opuso armada de aceradas puntas:

Retumban cajas de su esfera al centro,
Tercian las lanzas, y las rompen juntas:
¡Quién fuera valla de tan dulce encuentro!

SONETO XC.

A una dama roma y fría.

Contaba, Clori, ayer un estudiante,
Que Hércules os hizo la mamona,
De cuya hazaña el bárbaro blasona,
Como si fuera trompa de elefante:

Que de veros tan frígida me espante,
No me puede negar vuestra persona;
Pero no diré yo que fuistes mona,
Por mas que me lo pida el consonante.

Ninguno con razon en vos se emplea,
Calva sois de nariz, y asi no toma
Nadie vuestra ocasion por mas que os vea.

Nacistes cuervo, y presumis paloma,
Muchas faltas tenéis para ser fea,
Pocas gracias tenéis para ser Roma.

SONETO XCI.

Dijole una dama ¿que para qué escribia disparates?

La locura del mundo me defiende,
(Que del estudio la virtud estraga)
Que la objecion, Lucinda, satisfaga,
Culto me vuelva y el estilo enmiende.

Si escribo veras, nadie las entiende;
Si burlas, vos decís que no las haga;
Si alabanzas, ninguno me las paga:
¿Pues que tengo de hacer, si todo ofende?

¿He de quedarme bachiller en artes,
Sin que halle estilo en que este humor consuma,
Nacido en cuarta luna, aciago un martes?

Mas si escribir es fuerza que presuma,
Écheme el dios Apolo á aquellas partes,
A donde mas se sirva de mi pluma.

SONETO XCII.

Responde el poeta á un elogio que se hizo en Roma á su muerte fingida, y habla de veras, porque en la muerte no hay burlas.

La fama que del Tibre á la ribera
De lenguas de mi muerte mal vestida,
Paulo, llegó, parece que fingida
Me enseña á prevenir la verdadera :

Aunque jamas pensé que ser pudiera
Mas dichosa mi muerte que mi vida,
Si á vuestro sol en fenix convertida,
Con nuevas plumas renacer espera.

La envidia que mis años, como espuma,
Ir á la playa de ola en ola advierte,
No es mucho que ya muerto me presuma.

Dichoso yo, pues me mató de suerte,
Que puedo oír de vuestra docta pluma,
Después de muerto, elogios á mi muerte.

SONETO XCIII.

Desmayóse una dama de ver un raton, y habla con él el poeta.

Vete á roer legajos procesales,
Fiero animal, ó versos de poetas,
Las cartas atrasadas de estafetas,
O las cuentas de sastres inmortales :

Destruye las despensas figonales,
O las farmacopólicas recetas,
Y si otra vez á Filida inquietas,
Fulminante sus ojos celestiales.

No halles queso, bullicioso y triste,
Caigas en ratoneras de lacayos,
Si celada de gatos no te enviste;

Pero tambien te debo en sus desmayos,
Poder mirar al sol, cuando volviste
Nieve las rosas y cristal los rayos.

SONETO XCIV.

A una dama tuerta.

Habiendo hecho en tí naturaleza,
Julia, el ojo derecho tan perfeto,
Juzgó que era bastante, ó fue defeto
De no acertar á darle igual belleza.

De Antígono pintó la gentileza
Puesto de un lado aquel pintor discreto;
Yo como necio alabo lo imperfeto,
Que no supe tener tanta destreza.

Las partes que en tu rostro se desean,
¿Qué lunar pudo haber que las deshaga?
Que tal vez los defetos hermoSean:

Mas quando á la objecion no satisfaga,
Basta que en el matar iguales sean,
Como quien riñe con espada y daga.

SONETO XCV.

Enójase con el amor con mucha cortesía.

Vues amerced se temple en darle penas,
Señor Amor, á un hombre de mi fama,
Que si quiso Aristóteles su dama,
Tambien le desterraron los de Atenas:

Malas comidas y peores cenas,
Y como calle pasear la cama,
Súfralo, Amor, un toro de Jarama,
Que ya no es tiempo de templar Jimenas.

Mande vuesa merced, señor Cupido,
Que Juana me respete como debe,
Y valga el montañes sobre raído,

Si los paños me manda que le lleve,
Y alguna rosa de sus labios pido,
Cuanto fuego le doy, me trueca á nieve.

SONETO XCVI.

La pulga falsamente atribuida á Lope.

Picó atrevido un átomo viviente
 Los blancos pechos de Leonor hermosa,
 Granate en perlas, arador en rosa,
 Breve lunar del invisible diente:

Ella dos puntas de marfil luciente
 Con súbita inquietud bañó quejosa,
 Y torciendo su vida bulliciosa,
 En un castigo dos venganzas siente.

Al espirar la pulga, dijo, ¡ay triste!
 ¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
 ¡Oh pulga, dije yo, dichosa fuiste!

Deten el alma, y á Leonor advierte,
 Que me deje picar donde estuviste,
 Y trocaré mi vida con tu muerte.

SONETO XCVII.

Quéjase de que le aborrece Juana, hablando como astrólogo.

Si en la parte duodécima tuviera
 De los peces la luna, Juana mia,
 En dignidad de Vénus aquel dia,
 Que ví saliendo á luz, la luz primera:

Y tú en la misma, indisoluble fuera
 El amor de los dos; mi suerte impía
 Te dió á Saturno, con que helada y fria
 De tu rigor la causa persevera.

No digo yo que fuerzan las estrellas,
 Que inclinan digo; pero tú no quieres
 Por tu eleccion, ni porque inclinan ellas.

¿Amor, qué se ha de hacer de las mugeres,
 Que ni vivir con ellas, ni sin ellas,
 Pueden nuestros pesares y placeres?

SONETO XCVIII.

A una dama que le preguntó qué tiempo corre.

El mismo tiempo corre que solia,
Que nunca de correr se vió cansado;
Deciros que es menor el que ha pasado,
De mas de necesidad, vejez seria:

O mayor ó menor, hay noche y dia,
Sube ó declina, Filis, todo estado,
Dichoso el rico, el pobre desdichado,
Con que sabreis cual fue la estrella mia.

Hay pleitos, y de aquestos grandes sumas,
Trampas, mohatras, hurtos, juegos, tretas,
Flaquezas al quitar, naguas de espumas.

Nuevas, mentiras, cartas, estafetas,
Lenguas, lisonjas, odios, varas, plumas;
Y en cada calle cuatro mil poetas.

SONETO XCIX.

Burla vengada.

Mintió Juanilla entonces, como agora:
Ella me abrió, lo que me dijo callo,
Metióme en un corral, donde no hallo
Ni aun la esperanza con que entré á deshora:

Vuelva de amor la mano vengadora
Por este licenciado su vasallo,
Pues entre cien gallinas, sin ser gallo,
Muerta de risa me miró la Aurora.

Mas yo que ya la burla conocia,
Pesquele dos detras de unas tinajas,
Vino, y abríome al comenzar el dia.

Mas no sé si en la burla me aventajas,
Que del mal pagador, Juanilla mia,
Mejor es en gallinas, que no en pajas.

SONETO C.

A un gorrion á quien daba de comer una dama con la boca, y el poeta por honestidad le llama jilguero.

¿Quién te dió tanta dicha y osadía,
Que en fe de las pintadas plumas oses
Llegar, jilguero, donde el pico enrosas
En las rosas que amor enciende y cria?

Confieso, pajarillo, que no habia
Creido la comida de los dioses,
Mas ya que en tí la he visto, así reposes,
Que envidio tu ventura, y su ambrosía.

Bebe el cristal que entre el clavel te espera,
Come en el plato mas hermoso y rico,
Que abrió en rosa, y jazmin la primavera:

Pero que no te fies te suplico,
Que á un tiempo te dará la hermosa fiera
Fuego en el corazon, y agua en el pico.

SONETO CI.

Enójase con el pájaro, porque le mordió la lengua.

Desnuda los esmaltes de jilguero,
Y el paño pardo de tus plumas viste,
Villano gorrion, que ingrato fuiste
A tal piedad, y como ingrato fiero:

En vez de agradecido y lisonjero
Entre las perlas el clavei mordiste,
Flecha de amor, é indigno descubriste
El bajo ser y el natural grosero.

Haga de tí con un azor sangriento
El águila de Júpiter justicia
En árbol, en tejado ó en el viento.

¡Mas ay! que es tal la ciencia, y la codicia
De tu siempre lascivo pensamiento,
Que pienso que fue amor, y no malicia!

SONETO CII.

Que desfavorece la patria los hijos propios con el
ejemplo del escelente Camoës.

En esto de pedir, los ricos, Fabio,
Saben muy bien las enes y las oës,
Porque por mas que la grandeza loës,
No topa con su altura mi astrolabio.

Con ser divino, que llegar al labio
No tuvo el fenix portugues Camoës,
Y envuelven su cadáver en aloës,
Despues de muerto contra tanto agravio.

Con dos laureles fue tan importuna
De espada y pluma su contraria suerte;
Que no le dió favor persona alguna.

Decid, si algun filósofo lo advierte,
¿Qué desatinos son de la fortuna
Hambre en la vida, y mármol en la muerte?

SONETO CIII.

A los raguallos de Bocalini, escritor de sátiras.

Señores Españoles ¿qué le hicistes
Al Bocalino ó boca del infierno,
Que con la espada y militar gobierno
Tanta ocasion de murmurar le distes?

El alba con que siempre amanecistes
Noche quiere volver de oscuro invierno,
Y aquel Gonzalo y su laurel eterno
Con quien á Italia y Grecia escurecistes.

Esta frialdad de Apolo y la estafeta
No sé que tenga tanta valentía,
Por mas que el decir mal se la prometa;

Pero sé que un vecino que tenia,
De cierta enfermedad sanó secreta,
Poniéndose un raguallo cada día.

SONETO CIV.

Responde un amigo que sentia que hablase tan mal
de España.

Burguillos, el raguallo no me ofrece
Tanta seguridad, ni os la permito,
Que la lengua en que viene el libro escrito
Peligroso remedio me parece:

Con poco y vil estudio le acontece
Difusa fama al sátiro delito,
Yo al bien hablar los hombres la remito,
Que todo lo demas no la merece.

Los que no saben escribir en ciencia,
Por la sátira van acia la fama,
Que nunca le faltó correspondencia:

Aunque tiene tal vez el que difama,
Con ser para la frente diligencia,
En las espaldas del laurel la rama.

SONETO CV.

La necesidad en las mugeres es disculpa.

Penelope dichosa, no disputo,
Si fuiste casta ó no, porque tenias
Muy gentiles capones, que comias
Mientras faltaba tu marido astuto.

Las tocas bajas, y el funesto luto
Deja la falta de comer dos dias:
¡Dura necesidad, que si porfias
Será traidora Porcia al mismo Bruto!

Las mugeres son todas principales:
Si alguna su valor y ser desprecia,
Necesidad la obliga á casos tales.

No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que á darle Don Tarquino dos mil reales,
Ella fuera mas blanda y menos necia.

SONETO CVI.

Escribe á un amigo el suceso de una jornada.

Claudio, despues del rey y los tapices
De tanto grande y forastero incauto,
No tiene la jornada á ver el auto,
Que te pueda escribir que solenices:

Fue todo cortesanas meretrices
De las que pinta en sus comedias Plauto,
Anduve casto, porque ya soy cauto
En ayunarlas, ó comer perdices.

Ya los ventores con el pico al norte
Andaban por las damas circunstantes,
Que al recibir las cartas se da el porte.

Partióse el rey, llevóse los amantes,
Quedó al lugar un breve olor de corte,
Como aposento en que estuvieron guantes.

SONETO CVII.

A una dama que comia ceniza y sal.

¿No siendo fenix, qué imaginas, dando
Ceniza al corazon en que se queme?
Si eres la reina tú, consolaréme,
Las de su muerto esposo manducando:

Pero Lisena, quien se va salando
Con prevencion, alguna cosa teme,
Que á la mejor oveja, aunque se estreme,
Le da sal el pastor de cuando en cuando.

Memoria es bien tener del Memento homo;
Pero viva anticipas la ceniza,
Y con la sal te volverás solomo.

Bien haya mi cabaña, aunque pajiza,
Donde por pascua garrovillas como,
Y por carnestolendas longaniza.

SONETO CVIII.

A un poeta rico, que parece imposible.

La rueda de los orbes circunstantes
Pare el veloz primero movimiento,
Déjese penetrar el pensamiento,
Iguálese la arena á los diamantes.

Tengan entendimiento los amantes,
Y falte á la pobreza entendimiento,
No tenga fuerza el oro, y por el viento
Corran los africanos elefantes:

Blanco sea el cuervo y negros los jazmines,
Rompan ciervos del mar los vidrios tersios,
Y naden por la tierra los delfines.

No sufra la virtud casos adversos,
Den los señores, hagan bien los ruines,
Pues hay un hombre rico haciendo versos.

SONETO CIX.

Que sienten mas los ricos la muerte que los pobres.

Compuso un sabio (cuya pobre suerte
Apenas toga concedió raida)
Un libro en vituperio de la vida,
Y dos en alabanza de la muerte:

La muerte que infamarse siempre advierte,
De tanta exaltacion desvanecida,
Prometióle mostrarse agradecida,
En darle tarde el virotazo fuerte.

Que no lo estimaré, te certifico,
El sabio respondió, ya calvo y ciego,
Tan largo de nariz como de hocico;

Pues por tarde que vengas será luego,
Promete, ¡o muerte! esa tardanza á un rico,
Que yo ni te desprecio ni te ruego.